

## CONCURSO DE ESPANHOL

3º Lugar

### La esperanza en la laguna Inca

Autora:

*Carla Cecilia Dias de Lima*

Colégio Sesi Internacional Foz do Iguaçu

Las leyendas de Chile traen la historia de una princesa Inca llamada Kora-Ilé que, a pocos días de su boda, murió al caer de un gran acantilado. Su prometido, Illi Yupanqui, decidió que no podía simplemente enterrar su gran belleza, la envolvió en un paño y colocó su cuerpo en el centro de un lago. Cuando su cuerpo afundó, las aguas del lago se tornaron de color esmeralda, el color de los ojos de la niña. Su prometido lloró mucho, y en las noches de luna llena hasta hoy, se escucha el lloro del indígena. Algunos dicen que las aguas de la laguna tenían algunas propiedades mágicas y que podría curar hasta los más enfermos, pero la laguna se encuentra en una difícil localidad, entre altas cumbres y montañas en el Atacama, con pasajes estrechos y muchos desafíos, por eso pocos llegan hasta allí, y menos aún se arriesgan a llevar un poco del agua para casa. Francisco, un hombre de casi cuarenta años, vive con su hija, Camilla, en una pequeña villa en Chile. Su vida es muy sencilla y así mismo es muy feliz con su niña. Su rutina no es muy animada, lleva su hija para una pequeña escuela, va a su trabajo como pescador, llega tarde en casa y cena con su hija, antes de ella acostarse ellos se sientan en la habitación a contarse unos a otro sobre su día. La niña entonces pide a su padre que le cuente leyendas y el padre la pone a dormir con antiguas historias. Pero ni todo son flores, cuando una enfermedad llega a la villa muchas muertes empiezan a ocurrir y la villa se queda en crisis. Con la villa en crisis todo empieza a cerrarse y la comida empieza a terminar. Mismo con todo, Francisco aún trabajaba todos los días, su villa dependía de su pesca y él no podría parar. Fue cuando Camilla se quedó enferma y toda la estabilidad de Francisco ha terminado. Con la niña enferma Francisco necesitaba preocuparse con mucho más, desde medicamentos para su hija, hasta comida para la villa. Camilla parecía mejorar con los días, pero en una

noche súbitamente mal conseguía respirar. Francisco se quedó en desespero, no podría perder su preciosa hija, el mundo de Francisco parecía haber caído. Él no podría más trabajar porque su hija lo necesitaba, pero no podría dejar que la gente de la villa se quedase con hambre. Sin más ni menos Francisco tuvo una idea. Se recordó de la Laguna Inca y de su leyenda. Decidió partir en busca de su agua y curar a su hija. Llamó a algunos amigos de afuera de la villa para mantener a la gente, una buena señora se quedó para cuidar de Camilla. La niña con mucha dificultad dice adiós para su padre con una última esperanza en la antigua leyenda. Francisco salió para su aventura, caminaba por horas e intentaba encontrar la laguna lo más deprisa posible. Escalaba montañas y descansaba en árboles, pero mismo después de días de caminata, aún no había encontrado la laguna. Desde el inicio de la enfermedad casi había pasado una luna, Francisco se preocupaba con la seguridad de su hija y por eso estaba cada vez más cansado. En el día siguiente, mientras caminaba, Francisco sintió una puntada en su pecho y una sensación muy ruin invadió su mente. Con el agotamiento y la mala sensación Francisco empieza a llorar instintivamente, con sus rodillas en el suelo y todo su dolor saliendo con sus lágrimas su miedo lo paraliza y lo único que pudo hacer fue llorar. Con el atardecer y la luna llenando el cielo, el espíritu del indígena Yupanqui se conmovió con el lloro de Francisco y le indicó el camino hasta la laguna, Francisco tomó fuerzas y siguió el camino indicado, pasó por lugares que ni con la máxima atención no lo encontraría. Llegando a la laguna, Francisco se espantó por un momento con la belleza del lugar, el color del agua y el lloro de Yupanqui que parecía entender el dolor de Francisco dejó el lugar más mágico. Sus lágrimas ahora corrían de esperanza y alegría. Al tocar el agua, su fatiga se deshizo, y con lo suficiente separado para su villa, Francisco ya podría volver a su casa. Con un gran suspiro de alivio y reconocimiento, Francisco dejó la laguna y regresó a su casa. Él llevó agua para los enfermos y los salvó de la muerte. Cuando curó a su hija fue una felicidad, ellos lloraron, cantaron y tocaron por el día y a la noche y se recordaron de la leyenda que salvó sus vidas.